

preciosas, y ahora apenas si quedan tres, pues no estoy cierto de ello: Vicente de Gigitana, Pablo de Sinara, verdaderamente Pablo en el mérito y en el nombre. Y otro llamado Quinciano, quien, huyendo ahora de la persecución anda peregrinando por la Macedonia, en la ciudad de Adesa (acaso Vadena).

10) *Máxima y otros mártires y confesores.*

Si esta época fue fecunda en mártires, no fue en ésta menor el número de los confesores de la fe. Trataré de contar de algunos. Un vándalo, de los que llaman milenarios en el ejército de los bárbaros²⁴, tenía como esclavos a Martiniano, Saturiano y otros dos hermanos suyos; además le servía una fervorosa católica, llamada Máxima, agraciada de rostro y más bella de alma todavía. Martiniano era armero, y muy estimado del señor, y Máxima gobernaba, como dueña absoluta, toda la familia de la casa; el vándalo hereje, para asegurarse más de la felicidad de estos dos esclavos, pensó en casar a Martiniano y a Máxima. Martiniano iba al matrimonio como los jóvenes mundanos, y sentía verdadero amor; pero Máxima, que se había consagrado ya a Dios, rehusaba tal enlace. Llegado el día en que los dos desposados se disponían a entrar solos en la cámara nupcial, ignorando Martiniano los designios de Dios sobre él, invitó a Máxima a usar del matrimonio como verdaderos esposos, pero la sierva de Dios, con energía y resolución, le habló así: “Martiniano, hermano mío, estoy desposada con Cristo, y a él le he dado mi cuerpo; me es imposible aceptar a otro esposo humano cuando tengo ya al verdadero y celestial. Pero escucha mi consejo: Todavía tienes tiempo, si quieres, de abrazar amorosamente el servicio de aquel a quien mi corazón ha dado su amor.”

Así sucedió con la gracia de Dios, pues el joven, obedeciendo a los consejos de la virgen, ganó también su propia alma. Mas, aun en el fervor de su reciente conversión, sin que el vándalo supiese nada de lo sobrenatural de aquella unión, persuadió a sus hermanos a que participasen con él, como de una herencia, del tesoro que había encontrado. Ganados por él, los tres, en compañía de la virgen del Señor, de noche, huyeron todos de la casa del vándalo, entrando en el monasterio de Trabaca, que gobernaba a la sazón el venerable Andrés. Máxima se recogió en un convento de vírgenes, sito no lejos de Trabaca²⁵.

El dueño, bárbaro y hereje, trató por todos los medios de dar con el paradero de sus esclavos, buscándoles por todas partes, y repartiéndoles el oro a manos llenas. No se pudo ocultar a sus pesquisas lo sucedido, y viendo él que los esclavos habían sacudido el yugo para someterse al de Jesucristo, les cargó de cadenas y les atormentó de mil maneras, no sólo para obligarlos a violar su voto de castidad, sino, lo que es más grave, para que se rebautizasen en su impura secta y manchasen las hermosas vestiduras de la fe. Noticiaron el caso a Genserico, quien al punto mandó a aquel verdugo su amo que, sin compasión con sus víctimas, las atormentase hasta que se doblegasen a sus deseos.

Mandó, pues, que para atormentarles preparasen al momento fuertes bastones provistos de puntas o estacas colocadas simétricamente a modo de sierras; con la lluvia de palos que les dio en las espaldas, no sólo se les quebraron los huesos, sino que las estacas penetraron en sus carnes, quedando clavadas en ellas. Se les azotaba hasta correr la sangre, y repitiéndoles el tormento hasta aparecer al descubierto sus entrañas; pero Dios les curaba las heridas, y al día siguiente hallaban a los mártires tan sanos como antes. Muchas veces, y durante largo tiempo, constataron los verdugos que los mártires no conservaban ninguna cicatriz de las heridas, pues el Espíritu se las cerraba.

Después de estos prolongados tormentos encerraron a los confesores de Cristo en un oscuro calabozo, extendiéndoles en duro cepo; aquel fuerte madero, un día se rompió ante los ojos de los que visitaban a los mártires, como si se hubiese podrido repentinamente. Este milagro se divulgó por todas partes, y el guardián de la cárcel me ha asegurado con juramento que sucedió así ²⁶.

11) Los santos consuman su glorioso martirio.

Mas como el vándalo se negó a ver en aquel hecho la intervención divina, la cólera el cielo dejó sentir muy pronto la venganza en su casa. Murieron de repente él y sus hijos; sus esclavos y sus mejores ganados fallecieron también. La viuda del vándalo, privada repentinamente del esposo, de los hijos y de la hacienda, ofreció a los siervos de Cristo a un pariente del Rey, por nombre Sersaón. Recibió este muy agradecido el don, pero el demonio empezó a atormentar de muchas maneras a sus hijos, y esclavos a causa de los santos mártires.

Dio conocimiento de ello al Rey, y Genserico le ordenó que se los entregase inmediatamente atados a cierto reyezuelo de los moros, que era gentil y llamaban Capsur. A Máxima él mismo, vencido y lleno de vergüenza, la dio de libertad. Vive todavía hoy esta virgen, y la conozco muy bien, y es superiora de muchas religiosas consagradas a Dios, y la he visitado muchas veces.

Los otros cristianos, llegados al término de su viaje, fueron entregados al rey moro, que vivía en un paraje casi desierto, denominado Capra Picta. Al ver a aquellos gentiles entregados a las supersticiones de sus sacrificios, empezaron los confesores de la fe a predicarles con la palabra y el ejemplo el conocimiento de Dios, y conquistaron una gran multitud de gentiles a Jesucristo entre los que nunca habían oído hablar siquiera del nombre cristiano. Removido aquel campo con el arado de la predicación, pensaron que podía recibir la semilla evangélica y el riego del santo bautismo. Los siervos de Dios enviaron, por distintos caminos del desierto, emisarios, quienes pudieron llegar a Roma, y rogaron al Pontífice que mandase a aquel pueblo convertido obispo o sacerdote²⁷, y diáconos. El Papa accedió gustoso; se erigió una iglesia y recibió el bautismo una multitud de bárbaros; de ese modo, de aquellos lobos salió un rebaño de corderos muy fecundo.

Capsur hizo sabedor a Genserico de lo que allí pasaba. Con lo cual su envidia se exasperó, mandando al punto que, atando a aquellos siervos de Dios por los pies a las colas de cuatro caballos uncidos, lanzados a todo galope, se les arrastrase por las malezas de los montes y selvas, para que los cuerpos de aquellos inocentes, traídos y llevados de aquí para allí entre los espesos jarales, quedasen enteramente destrozados; pero que de tal modo se colocase separadas a unas víctimas de otras, que unas a otras se vieses morir. Atados, pues, así, y corriendo desbocados los animales ante los moros, deshechos en llanto, los católicos se despedían para la muerte con estas o parecidas palabras: "Hermano, ruega por mí. El Señor ha cumplido mis deseos; así se entra en el reino de los cielos". Y, orando y cantando, entre los regocijos de los ángeles, entregaron sus almas. Desde entonces no ha cesado Dios de obrar allí estupendos milagros. El bienaventurado Fausto, obispo de Buconita, me contó detalladamente la curación de una ciega que él presenció²⁸.

12) *Se agrava más la persecución.*

Desde entonces creció aún más la saña de Genserico contra los católicos. Envió a la provincia Zeugitana²⁹ un tal Próculo, con orden de obligar a los sacerdotes a que entregasen los objetos del culto y todos los libros sagrados; pero antes debería desarmarles para apoderarse más fácilmente de ellos. Como se hubiesen negado a hacer entrega de lo que se les exigía, los herejes saquearon las iglesias, y, ¡horroriza decirlo!, con los manteles de los altares se hicieron camisas y calzoncillos. Pero Próculo, ejecutor de las órdenes del Rey, recibió pronto castigo: destrozándose él mismo la lengua con sus dientes, expiró con una muerte ignominiosa.

En esta sazón, por orden del tirano, fue expulsado de la ciudad episcopal de Aba el obispo Valeriano, que se había resistido valientemente a entregar los vasos del culto; condenósele a vivir solo, prohibiendo que nadie le alojase en su casa o campo; tuvo el santo obispo que pasar largo tiempo los días y las noches al aire libre y en los caminos, casi desnudo, a pesar de sus ochenta y más años. Yo tuve la dicha, aunque indigno, de visitarle en aquel desamparo.

13) *El martirio de un lector y de otros muchos católicos.*

Un año, el día de Pascua, en una población que se llama Regia, los católicos, que, por ser una fiesta tan señalada, habían entrado en la iglesia, forzando las puertas, que la persecución había sellado, se reunieron para solemnizarla; los arrianos se dieron cuenta, y cierto sacerdote, llamado Audiut, reunió una tropa de desalmados herejes, a quienes arengó para que atacasen a aquellas gentes fervorosas. Entraron unos en la iglesia, espada en mano, haciendo riza en los católicos, mientras otros, apostados en los tejados, por las ventanas acribillaron con flechas a la asamblea de fieles. Un lector que cantaba el verso de *Alleluia*, con mucha atención del pueblo, en el mismo púlpito fue traspasado por una flecha; se le clavó en la garganta, cayó el libro de sus manos y poco después expiró. Un gran número de católicos rodaron también muertos al pie del altar, víctimas de las saetas y los dardos. Y los que no murieron entonces y escaparon a los golpes de la espada, por orden del Rey fueron después atormentados con los más atroces suplicios, y casi todos asesinados, sobre todo los más ancianos.

En otros lugares, como Tinuzada, en los tugurios de Galbes, pueblo de Amonia, y otras partes, los arrianos entraron furiosos en las iglesias, en el momento en que se distribuía la comunión a los fieles, y en el paroxismo de su rabia tiraron por el suelo el cuerpo y la sangre de Jesucristo, pisoteando las sagradas especies.

A instancias de los obispos arrianos, prohibió Genserico que los católicos ejerciesen ningún cargo en su palacio ni en los de sus hijos, y entonces se puso a prueba la fe inquebrantable de nuestro hermano Armogasto. Durante largo tiempo y repetidas veces le atormentaron apretándole las piernas y la frente con nervios de buey, tan estirados, que con sólo tocarlos vibraban como las cuerdas de una cítara; al mismo tiempo, profiriendo gritos blasfemos, surcábanle la frente de arrugas con aquellos mismos nervios, la frente que Jesucristo había sellado con la señal de la redención. Mientras así le atormentaban sus verdugos, y teniendo Armogasto sus ojos levantados al cielo, las cuerdas empezaron a romperse por sí solas, cual si fuesen hilos finísimos de araña. Diéronse cuenta los atormentadores, y pidieron cuerdas de cáñamo más fuertes; las gastaron, saltando todas hechas pedazos; mientras tanto, el confesor de la fe no profería de sus labios más que el nombre de Jesucristo.

Suspendiósele, después de este suplicio, de un pie cabeza abajo, y a vista de todos los presentes, se quedó como si se le hubiese recostado sobre un lecho de plumas. viendo que nada conseguían haciéndole sufrir, el hijo del Rey, Teodorico, el amo de Armogasto, mandó que le cortasen la cabeza; estorbóselo su capellán Jocundo, presbítero arriano, diciéndole: “A fuerza de atormentarle llegarás a quitarle la vida; pero si esgrimes la espada, los católicos romanos le harán pasar ante el mundo como un mártir”. En vista de esto, Teodorico, le condenó a abrir zanjas en la provincia de Bizacena. Más tarde, para mayor humillación del santo confesor, y para que todos le vieses, le enviaron a guardar vacas en las cercanías de Cartago.

Por revelación divina conoció Armogasto que estaba próximo el día de su descanso; llamó al procurador o mayordomo del palacio de Teodorico, un cristiano, católico fervoroso, a quien consideraba el mártir como verdadero apóstol, y le habló así: “Félix, ha sonado la hora de mi muerte; en nombre de la fe que nos es común, te suplico encarecidamente que me entierres al pie de esta encina; si no lo haces, Dios te pedirá cuenta”. La causa de este exhorto y petición no fue tanto la preocupación del lugar y modo de su sepulcro, cuanto el

cumplimiento de una revelación que el Señor se había dignado manifestar a su siervo. Félix contestó a Armogasto: “Líbreme Dios, venerable confesor; te daré honrosa sepultura, y, con la pompa y los cantos de acción de gracias que tú te mereces, en alguna de las basílicas”. De ningún modo, Félix; haz lo que te pido”. Temiendo contristar al mártir de Cristo, prometió cumplir fielmente su deseo.

Pocos días después, el que con tanto valor había confesado la fe en su compañía³⁰, salió de esta vida. Sin pérdida de tiempo, Félix se puso a cavar al pie de la encina el sepulcro para el mártir. Como las raíces y la dureza del suelo prolongasen mucho su trabajo, empezó a inquietarse si tardaría demasiado en darle sepultura; pero, cuando hubo acabado de cortar las raíces, y ahondando más la tierra, halló un sarcófago de mármol preciosísimo, como quizá no se había preparado nunca semejante para Rey alguno.

15) *San Máscula, comediante.*

No puedo menos de hablar de un tal Máscula, el corifeo o jefe de una banda de comediantes³¹. Pusiéronle muchas asechanzas para hacerle caer en el error y abjurar de nuestra fe; el Rey empleó, para seducirle, las promesas, y le dijo que le colmaría de riquezas con tal que se doblegase a sus deseos. Máscula resistió invencible en su fe y le sentenció Genserivo a muerte. No obstante, el astuto Monarca dio secretamente esta orden al verdugo: “Si en el último momento, al ver levantado y brillante el hierro, la víctima tiembla, mátale, para impedir que se haga de él un mártir glorioso; si, por el contrario, ves al confesor firme en su fe, no le hieras. Mas él, sostenido por Cristo e inmóvil en la fe como una columna, volvió de la prueba lleno de gloria. Aunque el enemigo envidioso se negó a hacerle mártir no pudo vencer a nuestro confesor.

16) *La fe intrépida de Saturo.*

Por aquellos días conocí a un tal Saturo, miembro distinguido entre los católicos, fue mayordomo del palacio de Humerico, pero con esa franqueza que comunica la fe cristiana, no temió el declamar contra la perversidad arriana. Delatado por esa causa por un tal Mari-

vado, diácono de la secta, hacia el que sentía Humerico especial predilección, se le obligaba con muchas instancias a que abrazase el arrianismo. Prometíansele honores y riquezas si consentía, y tormentos si seguía rehusándole. Intimósele esta orden: que en caso de negarse a obedecer los mandados del Rey, después de madurarlo bien, se confiscarían su casa y sus haciendas y se le arrebatrían sus esclavos y hasta sus mismos hijos, y en su presencia, se entregaría a su propia esposa a la lascivia de un camellero. Saturo, para que cuanto antes cumpliesen una amenaza tal, incitaba con sus palabras a aquellos impíos, movido por una especial inspiración del Espíritu.

Su mujer, sin dar conocimiento de ello al marido, se acercó a los verdugos a pedir una tregua. Después aquella Eva, aconsejada por la serpiente, fuese a dar parte a su esposo, quien no imitó a Adán, arrancando la manzana tentadora del árbol de la vida, pues no era un *indigente*, sino Saturo; es decir, un saturado, saciado del ubérrimo torrente de las delicias de la casa de Dios.

Vino, pues, aquella mujer a arrojarse a los pies de su esposo, desgarrados los cabellos, desgarrados sus vestidos, mientras Saturo estaba sólo entregado a la oración; iba acompañada de sus hijos, llevando en sus brazos a una niña de pecho. Antes de que el marido se percatase de su presencia, la mujer se echó a sus plantas, y asida a sus rodillas, le suplicaba, lanzando lastimeros gemidos, silbantes como los de la serpiente: “Apíadate de mí y de ti esposo mi amantísimo; ten piedad de nuestros hijos, que ves aquí presentes. Que la esclavitud nos deshonre a los que nuestro linaje ha hecho nobles; no permitas que yo, aun viviendo tú, sea deshonrada y esclavizada con una unión torpe, yo, que siempre entre las de mi edad y condición me he ufandado de mi esposo Saturo. Lo que a ti te piden, otros lo han hecho ya espontáneamente. Dios sabe muy bien que si tú lo ejecutas, es contra tu voluntad, a la fuerza.”

Contentóse con responderla con el Santo Job: “Hablas como las insensatas mujeres” (*Job*. 11, 10). Mujer, me asustaría lo que me amenazas si no hubiese más que la dulzura amarga de esta vida; estás haciendo conmigo, mujer, el oficio de demonio. Si de veras amases a tu esposo, no te atreverías a arrastrar a tu marido a que muera dos veces. Que me arribasen en buena hora a mis hijos, que me aparten de mi esposa, que me roben todos mis bienes, sin vacilar en las promesas de mi Dios, no me olvidaré de esta sentencia: “El que no renuncia a su esposa, a sus hijos, a sus campos, a su casa, no puede ser mi discípulo” (*Luc*, XIV, 26).

¿Qué más iba a añadir? Rechazada así aquella mujer, y retirándose de su presencia, Saturo se llena de valor; es llevado a la presencia de los jueces, es despojado de todo, le atormentan, le reducen a la mendicidad y se prohíbe a todos los que puedan ayudarle que se lleguen a él. Le robaron todo, pero no pudieron arrebatarle la vestidura del bautismo.

17) *Fin de la persecución de Genserico.*

Después de tantas persecuciones y crímenes, Genserico hizo que cerrasen la iglesia de Cartago, después de enviar al destierro, dispersándoles por diversos lugares, a todos los sacerdotes y diáconos, porque ya no había obispo. A duras penas se logró que la abriese, suplicándose el Emperador Zenón, que le envió a su legado el patricio Severo, quien alcanzó, además que volviesen todos del destierro.

Lo que tuvieron que sufrir de la crueldad de Genserico en España, Italia, Dalmacia, Campaña, Calabria, Apulla, Sicilia, Cerdeña, el Abruzzo, Lucania, el Epiro y Grecia, mejor que yo lo pueden contar los que lo padecieron. Aquí me paro de referir más cosas de la persecución de Genserico, que se ensañó con tanto orgullo como crueldad contra nosotros. Reinó este tirano treinta y siete años y tres meses.

LIBRO II

PERSECUCION DE HUNERICO

1) *Los comienzos del reinado de Hunerico.*

A la muerte de Genserico sucedió en el trono de los vándalos Hunerico, su hijo mayor. Como es costumbre de los bárbaros, en los comienzos de su reinado se mostró afable y condescendiente con los católicos, permitiéndoles juntarse para celebrar las solemnidades del culto. Más aún: para demostrar de algún modo su celo por la religión, buscó con el mayor cuidado a los herejes maniqueos, y a muchos les atormentó con los suplicios del fuego y a otros innumerables les desterró, mandándoles en las naves a los países de ultramar. Sus pesquisas demostraron que casi todos los maniqueos profesaban el arrianismo, y los primeros, los sacerdotes y diáconos. Enfurecióse por esta causa y también se llenó de confusión. Entre los monjes arrianos se halló a un tal Clemenciano, que llevaba grabadas en el muslo estas palabras: "Maniqueo, discípulo de Jesucristo".

Este proceder del Monarca le mereció la estimación pública; pero una sola cosa desagradó en él: su insaciable codicia, que no conocía límites y cargaba de impuestos y vejámenes a las provincias de su reinado, por lo cual se llegó a decir con razón de Hunerico: "El Rey pobre es el mayor pleitista".

A instancias del Emperador Zenón y de Placidia, viuda de Olibrio, permitió que la iglesia de Cartago eligiese como obispo a quien quisiese; ya llevaba veinticuatro años privada de este ornato.

2) *Hunerico permite la elección de un obispo en Cartago.*

Envió, pues, al ilustre Alejandro, encargado de velar y presidir la elección de un prelado digno que hiciese el pueblo católico; con él

comisionó a su notario Vitarit para que llevase y leyóse en la asamblea este su edicto: “Oíd lo que vuestro Rey y señor os manda decir: el Emperador Zenón y la muy noble Placidia nos ha suplicado, por medio del ilustre Alejandro, que permitamos que deis a la iglesia de Cartago un obispo de vuestra religión. Pues lo otorgamos que se haga. También nosotros hemos escrito a esos dos señores, y para ello hemos enviado nuestros legados que les comuniquen nuestra orden de que elijáis al obispo que sea de vuestro gusto, pero con la condición de que los obispos de nuestra religión arriana, que viven en Constantinopla y en otras provincias del Oriente, con su beneplácito puedan poseer iglesias propias, en las que prediquen a su pueblo y celebren el culto en la lengua que les plazca, del mismo modo que vosotros tenéis la facultad de hacerlo aquí en Cartago y en las demás iglesias establecidas en el Africa, pudiendo celebrar, predicar y hacer todo cuanto os ordena vuestra religión, según vosotros lo entendéis. De lo contrario, si no toleran ellos a los nuestros, yo, por mi parte, enviaré desterrados a tierra de moros tanto al obispo que elijáis como a todos otros clérigos, sacerdotes y obispos que residen en el Africa.”

Al oír la lectura de este edicto que públicamente se nos comunicó el 19 de junio, todos nos llenamos de tristeza y llorábamos en el más profundo silencio, pues adivinábamos ya en esta añagaza de los herejes la tormenta de la persecución que estaba próxima a estallar. “Si estas son las condiciones –respondimos todos a una voz al enviado del Rey–, la iglesia de Cartago no puede alegrarse de tener un obispo, cuando nos exponemos a tantos peligros. Que la gobierne Jesucristo, que en todo tiempo se ha dignado regirla.” El legado regio se negó a admitir nuestra determinación. Con la rapidez con que se propaga una hoguera, se amotinó el pueblo, sin que nadie fuera capaz de calmarle, reclamando que se procediese a la elección en aquel mismo instante.

3) *Las virtudes de San Eugenio.*

Se eligió, pues, obispo a Eugenio, hombre santo y amado de Dios; se alegró el pueblo sobremanera y toda la Iglesia santa estuvo de fiesta, y aunque dominados por los bárbaros, los católicos se regocijaron de haber encontrado un pontífice según la voluntad del cielo. La casi totalidad de los jóvenes de ambos sexos, que confesaban no haber visto a ningún obispo sentado en la cátedra de Santiago, se

felicitaban efusivamente de este acontecimiento.

Eugenio empezó bien pronto a ser tenido por todos, católicos y herejes, como santo, reverenciándole por la práctica de las buenas obras, que todos admiraban en él, y todos hubieran dado su vida por el obispo si la necesidad lo hubiera exigido.

Hizo el señor por su medio tan copiosas limosnas, que parecía increíble como podía gastar tanto, siendo notorio que los bárbaros se habían apoderado de todo y la iglesia de Cartago no poseía renta ninguna. Si alguien quisiese referir por menudo los actos de su humildad, de su caridad, y de su piedad, inspirados de lo alto, le sería poco menos que imposible. Es cosa averiguada que no guardó en su poder una sola moneda hasta la noche, a no ser que la hubiese recibido ya tarde, al anochecer o de todo anochecido. Reservábase únicamente el dinero que necesitaba para el día, sin dejarse nunca arrastra por la avaricia. Dios, en cambio le daba más que de sobra diariamente.

Mas como su fama corría de boca en boca y su santidad era conocida de todos los obispos arrianos, abrasados por la envidia, comenzaron a levantarle calumnias, y más que ninguno, Cirilas. Indujeron al Rey a que no le permitiese sentarse más en la cátedra de su iglesia y le impidiese predicar al pueblo según tenía de costumbre. Quisieron que el santo obispo prohibiese a todos, hombres y mujeres, que fuesen vestidos a la usanza de los vándalos y entrasen en la iglesia; mas él, celoso pastor, supo dar una respuesta bien adecuada. “La casa del Señor está abierta para todos, y no podemos impedir a nadie que entre en ella”. Dijo esto, sobre todo, porque gran parte de los católicos tenían que vestir como los bárbaros, por estar empleados en la corte.

4) *Comienzos de la persecución de Hunerico.*

Tan pronto como hubo conocido el Rey la respuesta del varón de Dios, Eugenio, mandó que se apostasen a las puertas de la iglesia de Cartago sus satélites y verdugos: éstos, al ver pasar a alguna mujer o algún hombre vestido como los bárbaros, se arrojaban precipitados sobre ellos, y provistos de bastones llenos de clavos, arrojábanse los a los cabellos, y cuando se les habían trabado bien, les arrancaban el pelo y el cuero capilar con la mayor violencia. Muchos se quedaron ciegos y otros sucumbieron víctimas de este suplicio doloroso. A las

mujeres, después de hacerlas sufrir de esta manera y rapararlas y despellejarlas la cabeza y el rostro, las paseaban por las calles y plazas, precedidas de un pregonero o sayón, para servir de espectáculo a todo el pueblo. Aquellas esforzadas heroínas de la fe, cuanto más sufrían y mayores eran las afrentas, más gozosas y ricos en méritos se creían ante Dios. Yo conocí a la mayor parte de aquellos católicos, y no se que uno sólo se apartase del recto camino del cielo, cediendo a aquellos tormentos.

Mas como por este medio no pudiese el tirano abrir ninguna brecha en el muro de la fe, imaginó quebrantar la constancia de los católicos prohibiendo que se diesen alimentos y sueldos a los empleados de su palacio que profesasen la religión romana, y ordenó, además, que se les obligase a trabajar en las labores del campo. Envió a la campiña de Utica a personas nobles y no acostumbradas a trabajos serviles, para que recogiesen las mieses en lo más caluroso del verano; todas ellas marcharon llenas de gozo, alabando al Señor. Entre estas fue uno que tenía la mano seca y de la que hacía muchos años no había podido servirse para nada; pero él alegó que era inútil para todo trabajo; pero, a empellones y por la fuerza, le obligaron a ir con los demás. Al llegar al lugar de destino, todos se pusieron en oración por él, y en su bondad, Dios se dignó devolver el movimiento a aquella mano seca.

Estos fueron los principios de la terrible y dolorosa persecución decretada contra nosotros por Hunerico.

5) *Crueldades de Hunerico contra sus familiares y los mismos arrianos.*

Hunerico, que en un principio se mostró muy moderado con todos, deseando con vivas ansias dejar a sus hijos el reino después de su muerte (lo que no se realizó), ensañóse contra su hermano Teodorico y los hijos de éste, sus sobrinos, y los de su segundo hermano, Gentuno Genzón le llaman otros autores). A ninguno hubiera dejado con vida si la muerte no le hubiese sobrevenido primero a él, acabando con sus aviesos proyectos.

Temía Hunerico a su astuta cuñada, la esposa de Teodorico, y recelando que tramase o armase el brazo de su marido o de su hijo primogénito contra su poder tiránico, la hizo asesinar, acusándola

falsamente. Después quitó de delante a su sobrino, joven, príncipe muy versado en las letras, y a quien, según lo establecido por Genserico en las disposiciones que había dejado consignadas para la sucesión del trono de los vándalos, le tocaba heredar la corona, como al más antiguo de sus nietos. La crueldad del monarca fue todavía más lejos, arrastrándole a otros crímenes: sin rebozo alguno, y ante un gentío inmenso, que estaba sentado en la gradería de una plaza nueva, mandó quemar a un obispo de su secta llamado Jocundo, a quien llamaban patriarca por el sólo hecho de que era muy bienquisto de la familia de su hermano Teodorico. Acaso temía que con su influencia ayudase a sus familiares a apoderarse del trono. En esta muerte criminal e indigna vimos los católicos un presagio cierto de las tribulaciones que nos aguardaban a nosotros, y nos dijimos: “Quien tan cruel ha sido para los suyos, su propio obispo, ¿cómo va a perdonar a los de nuestra confesión, cómo nos tratará a nosotros?” En aquellos mismos días desterró al hijo primogénito de su hermano Gentuno, que se llamaba Godapis, y con él a su mujer, a quienes ni permitió siquiera que les acompañasen un esclavo o una criada. Con su hermano Teodorico, después del suplicio de la esposa, no fue menos cruel, enviándole al ostracismo desprovisto de todo y dejándole en el mayor abandono. A su muerte, el tirano expulsó de sus Estados a sus dos hijas, sobrinas suyas, dos jóvenes casaderas, y a su hijo primogénito, llevándolos a todos al destierro, montados en unos jumentillos, después de haberlos hecho sufrir toda clase de vejaciones. También muchos condes y nobles de su secta y de su nación sufrieron sus rigores; con pretextos falsos persiguió a muchos como favorecedores de la familia de su hermano, quemando a unos y degollando a otros; imitador de su padre, Genserico, quien arrojó a su cuñada, con un gran peso atado, al Ansaga (Ausaga), el famoso río que baya los muros de Cirta³², y después de la madre, también mató a sus hijos. Al morir su padre, Genserico le encomendó con grande encarecimiento que favoreciese a muchas personas; pero él, olvidado del consejo y violando la promesa hecha, las quitó la vida con diversos tormentos y abrasándolas. Así decapitó a un cierto Heldico, prefecto del reino en tiempo de su padre, sin tener miramiento a su avanzada edad; la esposa de éste y una mujer llamada Teucaria perecieron abrasadas vivas, por mandado del tirano, en mitad de la ciudad; sus cuerpos fueron arrastrados por las calles y plazas, y los permitió sepultar sólo a ruegos de sus obispos, a la caída de la tarde, después de haberlos expuesto todo el día a los escarnios del populacho.

Camut, hermano de Heldico, por haberse refugiado en la iglesia de los vándalos, no pudo matarle; pero le mandó encerrar en una sucia letrina, e hizo que allí, en aquel lugar infecto, le tuviesen muchos días; después, en compañía de un cabrero rústico, le mandó a cavar las viñas, y, no contento con esto, que cada mes, o sea doce veces al año, les azotasen cruelmente, dándoles apenas el pan y el agua necesarios para no morir. Estos tormentos sufrieron durante más de cinco años consecutivos; tormentos que les hubiesen servido para adquirir méritos de vida eterna si, como los católicos, los hubieran soportado por defender la fe. Mas no podíamos omitir estas cosas para mostrar hasta donde llegó la crueldad de Hunerico, quien no sólo hizo que quemasen vivo al obispo arriano Jocundo, del que ya he hablado antes, sino que otros muchos muriesen abrasados o arrojados a la ferocidad de las bestias, tanto sacerdotes como diáconos y clérigos de su secta.

6) *Algunas visiones proféticas de la persecución*

Cuando Hunerico hubo hecho desaparecer, en poco tiempo, a los que temía, creyendo asegurar así un poder que iba a ser tan efímero, y cuando ya se veía libre de toda preocupación e inquietud, entonces lanzóse, como león furioso, con todas sus armas contra la religión católica. Mucho antes, sin embargo, de que estallase la persecución contra nosotros precedieron señales y visiones proféticas, precursoras de los males que nos amenazaban. Casi dos años hacía que un fervoroso católico vio la basílica de Fausto adornada con los mayores esplendores, como se solía engalanar antes, llena de antorchas, lámparas y colgaduras. De pronto, contó más tarde, desapareció todo aquel esplendor y ornato, y se dejó sentir un hedor pestilencial que salía de las tinieblas espesas que sucedieron a aquella claridad. Unos negros etíopes arrojaron fuera a toda la muchedumbre de personas vestidas de blanco, que se lamentaban amargamente de que la iglesia no volvería a revestirse de aquella primera claridad.

Delante de nosotros contó esta visión al obispo Eugenio.

Un sacerdote vio también esta misma basílica de Fausto llena de fieles de muchos pueblos, y al poco tiempo quedar desierta e invadida de puercos y de cabras.

A otra persona le mostraron en una visión una era que rebosaba de

trigo preparado para la bielda y que de intento habían dejado así los beldadores sin separar la paja. Admirado de aquel enorme montón de paja y de trigo mezclados, de repente vio venir una deshecha tormenta de viento precedida de un ruido sordo y una enorme polvareda. El soplo del viento limpió el polvo y la paja y quedó sólo el trigo en la era. en esto se acercó al lugar un personaje, lleno de majestad, rostro resplandeciente y vestidos fulgentísimos, quien comenzó a separar y tirar los granos vacíos y secos que no podían producir la harina. Tardó bastante tiempo en hacer la limpia, y de aquel montón enorme de trigo dejó una cantidad muy pequeña, aunque de gran candel.

Otro cristiano afirmó que había visto a un hombre de estatura prócer, apostado de pie en el monte Zica, que gritaba a diestro y siniestro: “¡Huid, huid!”

Afirmó otra persona haber visto el cielo deshecho en relámpagos y truenos y cubierto de nubes de azufre, que lanzaban enormes piedras, las cuales se inflamaban al caer al suelo, y las llamas que producían entraban en las casas, abrasándolo todo. Quien tuvo esta visión, añadió que se había ocultado en una habitación, a la que, por permisión divina, no llegó la llama, para que se cumpliese aquella palabra del Profeta: “Cierra tu puerta y escóndete un momento hasta que pase la cólera divina”. (Isaías, XXVI, 20).

El venerable obispo Pablo vio, a su vez, un árbol gigantesco, cuyas ramas llenas de flores subían hasta el cielo, y tan grande era su copa que daba sombra a casi toda el Africa. Estando todos admirando su grandeza y hermosura, dijo que, de repente, se llegó a él un asno furioso, el cual, rascando con su cuello el tronco gigantesco, le tiró a tierra, haciendo un ruido espantoso.

Por su parte, el ilustre obispo Quinciano ³³ vióse transportado en espíritu a un monte, desde el cual divisó un rebaño de ovejas inmenso, y en medio de las ovejas dos ollas hirviendo. En derredor de estas ollas estaban unos carniceros que degollaban a las ovejas y las cocían en ellas. Los sacrificadores no cesaron hasta acabar con todo el rebaño. Yo creo que aquellas dos ollas representaban a las dos ciudades de Sicca Veneria y Lares ³⁴, en donde se reunió después la muchedumbre de cristianos, y de donde partió el incendio; también podían representar al Rey Hunerico y a su obispo Cirilas. Pero ya he dicho bastante sobre las visiones y quiero ser breve.

7) *Se agrava la persecución*

Decretó el tirano que nadie pudiese desempeñar cargo ni civil ni militar en su palacio si no se convertía al arrianismo. Un número considerable de católicos, con gran valentía, abandonó el ejército antes que apostatar. Hunerico les despojó primero de sus casas y haciendas, y les desterró más tarde a las islas de Sicilia y Cerdeña. Llegó hasta decretar que el fisco se incautase de todos los bienes de nuestros obispos, muertos en el territorio de Africa y que no se diese sucesor a ningún prelado católico sin haber pagado a la Hacienda real la suma de quinientas monedas de oro. Pero este edificio, que con tanta insistencia se empeñaba en levantar el diablo, le echó por tierra Jesucristo en un momento: los familiares y consejeros del Rey le hicieron notar que “si se llevasen a efecto estas sus determinaciones, los obispos de su secta arriana que había en Tracia y en las otras provincias serían molestados inmediatamente”.

Mandó después reunir a todas las vírgenes consagradas al Señor y se las entregó a los vándalos, que, acompañados de mujeres arrianas, parteras de oficio, y sin presenciario ninguna mujer católica, las registrarán trasapando todas las leyes del pudor³⁵. Las colgaron, sin ningún miramiento, grandes pesos a los pies; las aplicaron láminas candentes a las espaldas y a los pechos, al vientre y a los costados, y mientras las atormentaban tan cruelmente, las decían: “Confesad, declarad que vuestros obispos y vuestros clérigos cometen con vosotras las mayores deshonestidades”. Yo sé que muchas de aquellas vírgenes sucumbieron en los acerbos tomentos; otras que no perecieron quedaron tullidas y encorvadas, y tanto llegó a maltratarlas el fuego, que las encogió y arrugó enteramente la piel. Trataban por todos los medios de descubrir el modo de hacer pública y general la persecución, cosa que realizó el tirano. Mas no le hallaron para manchar la Iglesia de Cristo.

8) *Destierra a los católicos.*

¿Tendré yo ríos de lágrimas para llorar a aquellos *Cuatro Mil Novecientos Setenta* miembros del clero, obispos, sacerdotes, diáconos y otros ministros que el impío Rey lanzó al destierro? Muchos padecían de la gota, y otros más avanzados en edad estaban ciegos.

Entre éstos hallábase el venerable Félix, obispo de Albarita, que llevaba ya cuarenta y cuatro años en la sede, estaba paralítico, apenas tenía conocimiento, ni podía hablar. Viendo nosotros que no se hallaba ni siquiera en estado de montarle sobre un asnillo, se nos ocurrió pedir al Rey, por intermedio de sus familiares, que le concediese, como favor insigne, acabar sus días en Cartago, pues no estaba para vivir mucho ni para elevarle al destierro. Se dice que el bárbaro respondió a los suyos furioso y como loco de ira: "Si no puede ir a caballo, que se unzan dos toros sin domar y que le arrastren con unas sogas hasta el lugar que yo he señalado". Y nos vimos forzados a atarle, atravesado en el lomo de una caballería, como si fuese un madero, llevándole así sosteniéndole todo el camino.

9) *Admirable fe de una pobre mujer anciana*

Se nos reunió a todos en Sica y en Lares, donde los moros estaban encargados de cogernos y conducirnos al desierto. Nos encontramos allí a dos condes, los cuales intentaron, con malas artes y blandas palabras, seducir a los confesores del Señor: "¿A qué esperáis tanto y por qué tanta obstinación en oponeros a los mandatos de nuestro Rey, cuando podríais estar con los mayores honores en su palacio con sólo acceder a sus deseos?" Pero todos a una voz, y como movidos por un resorte, gritamos: "Somos cristianos, somos católicos y creemos en la Trinidad inviolable". A estas palabras se les sometió a una vigilancia más estrecha y más dura, pero podíamos entrar en ella con bastante facilidad, pues nos estaba permitido hablarles y predicar y celebrar los sagrados misterios.

Había allí entre nosotros muchos niños, a quienes habían acompañado sus madres arrastradas del amor materno; las unas se alegraban; las otras, al contrario, mostrábanse tristes, y otras trataban de llevarse los consigo, no faltando madres que se felicitaban de haber dado a luz a mártires, y las había que, al ver a sus hijos en trance de muerte, querían apartarles del martirio, haciéndoles rebautizar. Mas ninguno se dejó seducir por las caricias; a ninguno logró separar el amor natural del amor del cielo. Siento sumo gusto en referir lo que a la sazón hizo una abuelita. Cuando nosotros íbamos camino del destierro, en compañía de los servidores de Cristo, y andábamos con preferencia por las noches para librarnos de los ardores del sol, yo vi a una

pobre mujer del pueblo que llevaba un saquito y algunos vestidos, y así de la mano a una criatura, a la que dirigía estas palabras de consuelo y aliento: “Corre, dueño mío; ¡mira qué alegres van todos estos santos y vuelan presurosos a la corona!” Y como yo la reprochaba que tuviese alguna consideración, por qué se mezclaba entre los hombres o por qué se atrevía a juntarse al ejército de Cristo, me respondió: “Deme su bendición, bendígame, ruegue por mí por mi nietecito, porque, aunque indigna pecadora, soy hija del antiguo obispo de Zura.” Yo la dije: “¿Pues cómo vas tan mal vestida y por qué emprendes tan largo viaje?” “Voy acompañando a este mi nieto, para que el enemigo no le sorprenda solo y le aparte del camino de la verdad al de la muerte.” Al oír esta respuesta no pude contener mis lágrimas y no supe que decir sino “hágase la voluntad de Dios”.

10) *Las incomodidades de la cárcel.*

Mas cuando nuestro enemigo, que debía pensar en sus adentros aquello del libro sagrado: “voy a hacerme dueño de sus despojos y hartarme con ellos; mi espada le abatirá y mi brazo le hará sentir mi poder” (*Exodo*, XV, 9), y vio que no era capaz de vencer a uno solo de los confesores, entonces buscó los antros más recónditos y oscuros para encerrar en ellos a los soldados de Cristo. Prohibió que tuviesen el consuelo de que les visitasen; mandó a los guardas que los apaleasen y atormentasen sin piedad y les hacinó unos encima de otros, prietos como nube de langostas, o, para decirlo mejor, como granos de trigo candeal. En aquel hacinamiento no se les permitía por ningún motivo separarse para las necesidades naturales, y obligábaseles a satisfacerlas en aquel lugar, de tal modo que las inmundicias exhalaban un hedor insoportable, que era su mayor tormento. Apenas si logré entrar en aquellos aposentos, mientras dormían los vándalos, dando mucho dinero a los moros. Al penetrar allí me sumergí hasta las rodillas en verdadero lago de inmundicias y cieno, y me acordé de aquella frase del Profeta: “Los que crecieron en la púrpura se han saciado de estiércol.” (*Trenos.*, IV, 5) ¿Qué más voy a añadir a este cuadro de horror? Acabaron por anunciarles entre gritos de los moros que se preparasen para salir al lugar del destierro.

11) *Las molestias del viaje*

Salimos de la cárcel un domingo, manchados la cara, la cabeza y los vestidos con todas las inmundicias de aquel lugar; los moros les maltrataban sin compasión; pero ellos cantaban alegres al Señor: “Está la gloria reservada a sus santos”. (Salmo, 149, v. 9). Allí estaba a la sazón el santo obispo de Unizibire, Cipriano, consuelo providencial para ellos, quien les mitigaba sus dolores y privaciones con una amor lleno de compasión paternal, mezclado de lágrimas. Estaba dispuesto a dar su vida por los hermanos, y hubiérase expuesto voluntariamente a padecer sus mismos tormentos si se lo hubieran permitido; les distribuyó todo cuanto tenía para socorrerlos en sus necesidades. Confesor en su corazón y por sus virtudes, andaba buscando la ocasión de unir su suerte a la de los mártires. Después, cuando ya hubo gustado los tormentos, tristezas y suciedad de las cárceles, marchó gozoso al desierto que había, anhelado padecer por la fe de Cristo.

Cuantas muchedumbres de diversas regiones y ciudades acudieron a visitar a los mártires lo podrían atestiguar aquellas sendas y caminos, porque los católicos nunca seguían las vías concurridas: bajaban en grandes masas por las laderas de los montes y angosturas de los valles, llevando en las manos antorchas encendidas, dejaban a los pies de los confesores de Cristo a sus hijitos y les decían entre sollozos: “¿A quiénes confiáis nuestras vidas miserables al iros a recibir la corona? ¿Quiénes nos impondrán en adelante las penitencias, el perdón de la reconciliación, cuando estemos atados con los lazos de las culpas? Pues a vosotros se dijo: “Todo lo que desatareis en la tierra será desatado en el cielo”. (*Mat*, XVIII, 18). ¿Quiénes rezarán las plegarias solemnes en nuestros funerales? ¿Quiénes celebrarán entre nosotros los ritos acostumbrados del santo sacrificio? Con qué gusto os acompañaríamos, si nos fuese permitido, para que los hijos no se vean violentamente separados de sus padres.”

Estas palabras y las lágrimas y las alabanzas que tributaban a los confesores bastaron para que los bárbaros les impidiesen en adelante acercarse a consolar a los mártires. Desde entonces se les obligó a apresurarse para llegar cuando antes al lugar que se les había señalado, una cueva o bodega en la que pasarían una vida trabajosísima. Muchos ancianos y jóvenes acostumbrados a los regalos de la vida fácil desfallecían, agotados, en medio de los caminos; los bárbaros les forzaban entonces a andar, pinchándoles con las puntas de sus lanzas,

o les pegaban pedradas, con lo cual se agotaban antes sus fuerzas y aumentaba su cansancio.

12) *Crueldad contra los mártires.*

Los moros recibieron orden de atar por los pies a los que viesan a las claras que no podían andar y de arrastrarlos, como cadáveres de animales, por caminos intransitables y llenos de piedras, donde primero dejaban los mártires sus vestidos hechos jirones y después, unos tras otros, todos sus miembros, porque éste se rompía la cabeza en las esquinas de los cantos, el otro se abría el costado y todos entregaban sus almas entre las manos de los verdugos que los arrastraban. No pude recoger sus nombres, porque aumentaba continuamente su número; pero los modestos sepulcros de los santos diseminados a lo largo de los caminos son testimonio elocuente. A los valientes que pudieron llegar al desierto los amontonaron a todos en un mismo lugar, dándoles de comer un poco de cebada, como a las bestias. Cuentan que aquellos parajes solitarios estaban poblados de animales venenosos y de escorpiones en tal número, que a los que no los han visto les cuesta creerlo. Aquellos reptiles les lanzaban el veneno desde muy lejos, y los que eran picados por el escorpión, ninguno sanaba. Hasta el presente, por una gracia especial de Jesucristo, ninguno de sus siervos ha sentido el veneno de los reptiles. Bien pronto dejaron de darles los granos de cebada con que les sustentaban sus vidas. Pero Dios, que envió el maná a los antiguos Padres, también ahora podía alimentar a sus hijos, en aquella soledad.

13) *Edicto del Rey*

El tirano preparaba, mientras tanto, nuevos rigores contra la Iglesia de Dios; había ya cortado algunos miembros; pero quería, desgarrándole cruelmente, acabar con todo el cuerpo. El día de la Ascensión del Señor mandó que se entregase al obispo Eugenio un edicto, que dicho obispo debería leer a los fieles en la Catedral en presencia de Regino ³⁶, legado del Emperador Zenón. El tal decreto, que los correos deberían distribuir por todos los ámbitos de Africa del Norte, era del tenor siguiente:

“Orden del Rey Hunerico a Eugenio de Cartago y a los demás obispos católicos que moran en toda el Africa, por la que se manda que acudan a Cartago a exponer y dar cuenta de su fe.

“Henerico, rey de los vándalos y alanos, a todos los obispos del homoousios³⁷. No una sola, sino varias veces, os consta que se ha prohibido a vuestros obispos y sacerdotes celebrar asambleas en los dominos de los vándalos para impedir que con su sedición se inquiete a las almas cristianas. Muchos, despreciando nuestras leyes, han sido sorprendidos celebrando misa, contra lo preceptuado, en nuestras provincias, objetando como descargo que profesaban la verdadera fe cristiana. Ahora bien, como no queremos que se de escándalo en las provincias que Dios nos ha confiado, por eso, con el auxilio divino y el consejo de nuestros obispos, queremos que sepáis que hemos determinado que en las próximas calendas de febrero (1 de febrero) acudáis a Cartago y nadie alegue el temor para no venir. El objeto es que discutáis con nuestros venerables obispos acerca de la fe y probéis vosotros, con testimonios de las Sagradas Escrituras, la doctrina que profeséis del homousius, para que nosotros podamos juzgar si estáis en la verdadera fe. Este edicto, concebido en los mismos términos, le he enviado yo a todos tus coepiscopos que moran en el Africa entera³⁸.

Dado el 13 de mayo del séptimo año del reinado de Hunerico”.

14) A los que presentes estábamos al leer y conocer esta misiva, “se nos partió el corazón de dolor y se nos nublaron los ojos con las lágrimas”, y desde entonces, con toda verdad, “se trocaron nuestras fiestas en días de luto y en lamentaciones de nuestros cantos”, pues el edicto presagiaba el furor de la persecución. Sobre todo aquel “no queremos que haya escándalo en las provincias que Dios nos ha confiado” era tanto como decirnos: no queremos que quede un católico en nuestros Estados.

Deliberamos sobre el partido que deberíamos tomar. Y para detener el peligro que nos amenazaba, no hallamos otro medio que, con el fin de ablandar el corazón de aquel bárbaro, si era posible enternecerlo, respondiese por escrito el santo obispo Eugenio diciendo lo que conviniese al caso.

“Como la prudencia del Rey lo autoriza, es necesario que cuantas veces se trate del negocio del alma, de la vida eterna o de la fe cristiana, demos a conocer con valentía lo que creemos ser la verdad. Poco ha que su majestad real, por medio de vuestro notario, Witarit, se dignó enviar a mi humilde persona una comunicación para que informásemos acerca de nuestra religión y nuestro credo. El mismo Witarit la leyó en la iglesia en presencia del clero y del pueblo. Por ella quedamos notificados de cómo se había cursado el mismo ruego a todos mis coepiscopos, exhortándolos a acudir en el día señalado, para exponer nuestra fe; nosotros, por nuestra parte, comunicamos que aceptábamos respetuosamente la orden. Pero yo hice notar con toda sumisión al notario real que los deseos de su majestad se hiciesen llegar también a conocimiento de todos nuestros hermanos en la fe que moran en ultramar, pues en todas partes reconocen nuestra fe y se trata del bien del mundo entero, no sólo de las provincias del Africa. Y como yo me he comprometido a presentar segunda súplica al Rey, ruego a Vuestra Grandeza que haga llegar mi escrito a Su Majestad, mi señor y soberano clementísimo, para que su clemencia quede informada de que no rehuimos ni declinamos la disputa legal propuesto, con la ayuda de Dios; pero que nosotros no podemos responder sobre nuestra fe sin el asentimiento de toda la catolicidad. Esto pedimos a Su Majestad, cuya bondad tenemos bien conocida, que se digne otorgarnos la justicia de su prudencia.

Dada esta carta por Eugenio, obispo de la iglesia católica de Car-tago.”

15) *Es rechazada la petición del santo.*

Presentaron esta súplica del venerable Eugenio al Rey; pero él, que había ya determinado agravar más la iniquidad concebida en su corazón, dio esta respuesta al obispo, por intermedio de Cubado (Obado), prefecto de su reino: “Eugenio, somete a mi imperio todo el orbe de la tierra y haré lo que me pides”. A estas palabras San Eugenio respondió como se debía: “Un despropósito como éste nunca habrían debido pronunciar tus labios. Es lo mismo que si se hubiese dicho a un hombre que vuele, cosa que es impropia de la naturaleza humana.

Yo he dicho sencillamente: Si Su Majestad Real quiere conocer nuestra fe, una y verdadera, escriba a sus amigos; yo escribiré a mis hermanos que vengan mis coepiscopos y, SOBRE TODO, LOS SACERDOTES DE LA IGLESIA DE ROMA, QUE ES CABEZA DE TODAS LAS IGLESIAS, quienes con nosotros podrán exponer nuestra común fe.” a esto replicó Cobado: “¿Es decir, que tú y el Rey mi señor sois iguales?” “Yo no he dicho que soy igual al Rey, contestó Eugenio, sino que, si desea conocer la verdadera fe, que escriba a sus amigos que envíen a Cartago a nuestros obispos católicos; yo, por mi parte, lo haré a mis hermanos en el episcopado, porque se va a tratar de una causa que interesa a la Iglesia católica entera”.

Decía esto Eugenio no porque en Africa faltaran quienes refutasen las objeciones de los adversarios, sino para que viniesen prelados que, por no estar sujetos al dominio de los vándalos, tuviesen más libertad para hablar, y al mismo tiempo informasen a todo el mundo de las calamidades y vejaciones de que éramos víctimas.

16) *Crueldad contra los obispos.*

Mas el Soberano, que maquinaba las trazas de perderlos, no quiso oír la razón, y pretextó calumnias atroces para maltratar de varios modos a nuestros obispos más distinguidos por su ciencia. Por su mandato ya había partido al destierro Donanciano de Vibiana³⁹, quien había recibido antes ciento cincuenta azotes, y la misma pena de destierro padeció Presidio de Suétula, varón distinguido por su ingenio. Hizo azotar también entonces a los obispos Mansueto, Germán, Fúsculo y a varios otros. Al mismo tiempo, prohibió a estos santos prelados que admitiesen a su mesa a ningún católico. Con estas medidas draconianas los vándalos no ganaron nada, y nosotros, en cambio, mucho, pues si, como dice el Apóstol: “la palabra de los herejes se insinúa (en el alma) como la gangrena en una herida” (II Tim., II, 17), ¿cuánto más podrían manchar la mesa común y trato familiar con los impíos, cuando dice el mismo San Pablo que es preciso evitar el sentarse a la mesa con los malos? (I Cor., V, II).

17) *Estupendo milagro*

Ya había prendido el fuego de la persecución; ya había propagado el incendio por doquier la cólera del Rey Hunerico, cuando plugo a Nuestro Señor obrar un milagro ruidoso, sirviéndose de su gran siervo Eugenio. Había en la ciudad de Cartago un ciego llamado Félix, muy conocido de todos sus habitantes. La noche que precede a la Epifanía se le apareció el Señor en sus sueños, y le dijo: “Levántate y vete a casa de mi siervo el obispo Eugenio y dile que Yo te he mandado ir allí. Y cuando bendiga la pila bautismal, para que reciban el agua de la regeneración los asistentes, que te toque los ojos y se te abrirán y verás.” El ciego avisado por la visión, pero pensando, como suele suceder en esos casos, ser objeto de un engaño, no quiso levantarse. Segunda vez recibió el encargo de ir en busca de Eugenio, cuando apenas se había dormido. Tercera vez se le intimó, ya con orden terminante y severa de que obedeciese. Despierta entonces al muchacho que solía hacerle de lazarillo, camina presuroso a la basílica de Fausto, hace oración y entre sollozos se acerca a un diácono llamado Peregrino, rogándole que tenga a bien avisar al obispo de que desea comunicarle un secreto. Advertido el santo prelado, manda entrar al ciego.

Ya habían empezado a resonar en la basílica los himnos de las vigiliias, en las que alternaba todo el pueblo, en razón de aquella solemnidad. Da el ciego al obispo relación detallada de la visión, y le dice: “No te dejaré hasta que me devuelvas la vista, como me lo ha ordenado Jesucristo”. Al cual replicó Eugenio: “Apártate de mí, hermano; soy pecador e indigno, el más culpable de todos los hombres, pues me ha reservado para que viva en tiempos tan calamitosos como éstos”. Pero el ciego, abrazado a sus rodillas, no repetía más que lo que antes le había pedido: “Devuélveme la vista, como te lo han mandado”. Viendo Eugenio aquella fe, desnuda de todo respeto humano, y porque era ya hora de ir con el clero a la fuente bautismal, se llevó consigo al ciego. Arrodillado delante del baptisterio y derramando fervientes lágrimas y sollozos, bendijo aquel río encrespado y, terminadas las plegarias rituales, se levantó y habló así el ciego: “Ya te lo he dicho, hermano Félix, que soy hombre pecador; mas el que se dignó visitarte te otorgue lo que pide tu fe y el Señor abra tus ojos.” Y al mismo tiempo hizo sobre ellos la señal de la cruz. En aquel instante, por la intervención del cielo, el ciego recobró la vista.

Para que el pueblo, entusiasmado con tan gran prodigio, no estrujase al ciego curado, el obispo le retuvo a su lado mientras se bautizó a todos los catecúmenos. Después se anunció a todos los fieles el estupendo milagro. Como es costumbre, San Eugenio se acercó al altar acompañado de Félix para presentar a Dios la oblación en acción de gracias por su curación. El obispo lo recibió, colocándolo sobre la mesa del altar, y entonces el pueblo fiel, sin poderse contener, estalló en aplausos y hurras interminables.

Escapado un traidor, corrió a avisar al tirano. Llevan a Félix; se le obliga a declarar todo lo sucedido y de qué modo ha recobrado la vista. El lo cuenta minuciosamente, y los obispos arrianos exclaman: "Eugenio se ha servido de maleficios." Y porque la confusión les anublaba los ojos, pues Félix era conocidísimo en toda la ciudad, querían matarle, si podían, del mismo modo que desearon los judíos hacerlo con Lázaro resucitado. (Juan, XII, 10).

18) *El mártir San Leto*

Acercábase aquel infausto día de las calendas de febrero que el Rey había señalado para la reunión. Juntáronse los obispos no sólo de toda el Africa, sino de muchas islas, todos tristes y afligidos. Durante muchos días no se habló nada, hasta que el tirano separó a los prelados que conocía como más sabios y elocuentes, para hacerlos perecer bajo mentidos pretextos y acusaciones injustas. Entre aquellos doctos varones mató al obispo Leto⁴⁰, intrépido y sapientísimo, a quien hizo quemar después de haberle hecho padecer las tinieblas de la cárcel, pensando Humerico que este escarmiento atemorizaría a los demás.

Finalmente, se celebró la disputa anunciada en el lugar que escogieron nuestros adversarios. Para evitar el barullo y tumulto de voces, pues los arrianos hubieran podido alegar que nuestro número, mucho mayor, habría ahogado sus palabras, nuestros obispos determinaron elegir sólo diez entre ellos que hablasen por los católicos.

Cirilas se sentó en un estrado muy alto y lujoso, rodeándose de sus satélites, también sentados, mientras que a los nuestros se les obligó a permanecer de pie. A vista de aquella espectacular ostentación nuestros obispos no pudieron menos de exclamar: "Es grato asistir a un intercambio de ideas cuando no se ve tanta ostentación en

los que detentan el Poder, sobre todo cuando se acude a una convocatoria por dos partes, para que jueces imparciales, después de oír a ambos disputantes, declaren con lealtad la verdad. Pero en nuestro caso, aquí en disputa, ¿quién va a ser el testigo examinador que con toda independencia pronuncie la sentencia en favor de la verdad y condene la impostura?

Mientras se cruzaban entre los dos bandos estas razones, el notario real tomó la palabra, y al empezar a hablar: “El patriarca Cirilas...”, dijo⁴¹. Al oír este pomposo título, arrogante e injustamente usurpado por el obispo arriano, nuestros prelados protestaron con indignación: “que se nos lea el documento en que se haya conferido a Cirilas este título.”

Esta exclamación promovió el escándalo y protesta de nuestros adversarios, que empezaron a lanzarnos calumnias. Y porque los nuestros pedían que, cuando menos, ya que no les permitían discutir ante la asamblea los derechos de Cirilas, se aplazase la disputa teológica. Como contestación dieron cien azotes a todos los católicos. San Eugenio gritó entonces: “Dios sea testigo de la violencia que nos hacéis y tenga en cuenta los malos tratos y persecuciones que sufrimos de vosotros.” Y encarándose los nuestros con Cirilas, le dijeron: “Dinos lo que piensas hacer”. A lo que contestó el obispo: “No se el latín”. “Bien sabemos que en esa lengua te expresas de ordinario, replicaron los nuestros; es inútil que ahora quieras ocultarte y disimular; tú eres el fautor de la hoguera que se ha encendido aquí.”

Y viendo que los católicos estaban mejor dispuestos de lo que él se había creído para entablar la disputa, con mil subterfugios buscaba eludir la conferencia; pero, en previsión de estos sucesos, nuestros prelados habían redactado por escrito una exposición detallada y bien clara de la fe católica y le dijeron: “Si os queréis informar bien de nuestro credo, aquí tenéis la verdad, tal como la profesamos nosotros.”

LIBRO IV

LA SAÑA DE HUNERICO CONTRA LOS OBISPOS CATOLICOS

1) *Calumnias de los arrianos.*

Cuando hubieron leído a la asamblea nuestra exposición, nuestros adversarios, locos de furor y ciegos a la luz de la verdad, estallaron en gritos y protestas de por qué nos llamábamos católicos. Y sin pérdida de tiempo nos acusaron, mintiendo, al Rey de que, armando un tumulto, habíamos abandonado la reunión. El, dando crédito a sus mentiras y montando en cólera, se apresuró a poner en ejecución sus proyectos, tiempo había bien meditados. Tenía redactado un decreto, y en aquella misma hora le mandó distribuir por todas las provincias de su reino por medio de sus emisarios, y en un sólo día, cuando todavía estaban reunidos en Cartago los obispos, hizo que se cerrasen todas las iglesias y se apoderasen, además, de todas las rentas y haciendas de las mismas en provecho de los ministros de la secta arriana. Sin entender de qué hablaba, ni a quiénes se dirigía una ley que nuestros emperadores habían dado contra los arrianos mismos y otros herejes, Hunerico tuvo la osadía de aplicarla ahora contra nosotros, empeorándola mucho más su odio. Decía así.

2) *El decreto real contra los católicos:*

“Hunerico, Rey de los vándalos y alanos, a todos los pueblos sometidos a nuestro mando:

Es bien manifiesto que compete a la majestad real hacer que caigan los males sobre aquellos que fueron sus autores. Así, pues, todo el que se siente reo de algún delito tiene que aceptar el castigo en que ha incurrido. Mi clemencia se ha inspirado en el proceder de Dios, para dar a cada cual, según sus obras, buenas o malas, distribuyendo con-

forme los casos el castigo o la recompensa. Por tanto, con aquellos que han creído poder oponerse a los mandatos de mi padre, de ilustre recordación, y a las órdenes de mi mansedumbre, he juzgado que debía usar de rigor. Hice saber a los pueblos de mi reino que quedaban prohibidas todas las reuniones de los cristianos partidarios del *homoousios* y celebrar sus misterios corruptores entre los vándalos, y ellos no han hecho caso alguno de mi prohibición, y se ha encontrado a muchos que se jactaban de profesar la pureza de la fe; todos saben que avisamos a los obispos que acudiesen, sin temor ninguno, a una reunión que debía celebrarse el 1 de febrero en Cartago para ponerse de acuerdo; les dimos dos meses; se juntaron a deliberar, y todavía les otorgamos algunos días más para cambiar de parecer y arrepentirse.

Respondieron ellos que estaban dispuestos a discutir, y nuestros prelados les propusieron en la primera reunión que probasen su fe del *homoousios* con argumentos de la Escritura, como se les había mandado hacerlo, o de lo contrario, condenasen ellos lo que había anematizado en Rímini y Seleucia más de mil obispos reunidos de todas las partes del mundo⁴². Los católicos se negaron a todo, excitando a la multitud a la sedición. Más aún, al mandarles el siguiente día que expusiesen su fe, como ya se les había dicho, tuvieron el atrevimiento de dar gritos y armar alborotos para que no se celebrase la conferencia.

En vista de sus provocaciones, he resuelto que se cierren todas sus iglesias y permanezcan cerradas mientras se obstinen en no querer acudir a la controversia propuesta. Parece que se negaron obstinadamente a ello, mal aconsejados por otros. Es un deber de estricta justicia por mi parte, y las leyes mismas me lo autorizan, el hacer recaer sobre los rebeldes los decretos que en otro tiempo dieron los emperadores que siguieron las mismas falsas doctrinas. Según sus prescripciones, parece que no podían entrar en sus iglesias más que los obispos y sacerdotes católicos; sólo ellos tenían derecho a reunir asambleas religiosas, a poseer y levantar templos no sólo en las ciudades, pero ni siquiera en las más insignificantes aldeas; las que habían pertenecido a los arrianos eran confiscadas, y los bienes de nuestros obispos se adjudicaban a los suyos y a sus iglesias; los ministros del culto no tenían derecho a morar de asiento en ningún lugar, y se los desterraba de las capitales y de los campos; no podían bautizar ni discutir sobre materias de religión, ni consagrar obispos, ni ordenar sacerdotes y ministros, bajo pena para los consecrantes y los ordena-

dos de incurrir en la multa de diez libras de oro cada uno, negándoles todo recurso a los tribunales en sus quejas, aun a aquellos mismos que tuviesen necesidades especiales. En fin, si con estas medidas no se lograba que abjurasen sus errores, que se les arrojase de sus casa y se les lanzase al destierro bien escoltados por soldados. Los mismos emperadores se ensañaron también contra los simples fieles, quitándoles todo derecho a legar, textar y adquirir cualquiera cosa que fuese por legado, fideicomiso, herencia o manda de un difunto, por testamento u otra escritura; los dignatarios de sus palacios eran asimismo condenados por aquellos, y con tanto más rigor cuanto más alta era su posición, y privándolos con toda infamia de los derechos y honores debidos a su rango, se les consideraba como criminales públicos. Los oficiales de los magistrados y jueces se veían condenados a pagar la multa de treinta libras de plata, y a los que la habían ya entregado cinco veces y persistían en el error, sometíaseles al castigo de las varas y terminábase por enviarlos al ostracismo.

Se preceptuó en las leyes de aquellos soberanos que se quemasen todos los libros que pertenecieron a los obispos, sacerdotes y clérigos perseguidos; pues yo mando y ordeno que se haga otro tanto con los escritos y libros en que nuestros adversarios han aprendido las falsedades que nosotros perseguimos. Ellos habían impuesto a cada persona de la sociedad una pena especial, ya lo he dicho: los *Ilustres* tenían que pagar cincuenta libras de oro; los *Spectatales*, cuarenta; los *Senadores*, treinta; los *Principales*, veinte; los *Sacerdotes*, treinta; los decuriones, comerciantes y gentes del pueblo, cinco, y los circunceliones, diez⁴³. Si estas multas no les hacía cambiar ni vencía su constancia, se les confiscaban los bienes y se los desterraba.

Se castigaba a las autoridades de las ciudades, a los procuradores y administradores y colonos de las granjas con las mismas penas y multas si ocultaban a los arrianos o no les denunciaban y presentaban a los jueces; los administradores de las fincas reales eran condenados a pagar al fisco, a título de multa, una indemnización igual a la renta que daban al tesoro. Esto tenían que cumplir todos los administradores y propietarios que persistiesen en la herejía o superstición arriana.

Los jueces que eran remisos y ronceros para instruir estas o semejantes causas, pagaban su indolencia y descuido con el destierro o la pena capital. En fin, entre los primeros magistrados se escogía a tres personas, a las que se sometía a la tortura, a los demás se los multaba con veinte libras de oro.

Es, pues, necesario, tener ya a raya con leyes a todos los partidarios del *homoousios* que persisten en su perversa doctrina. Y determino que, en lo sucesivo, no acudan a los tribunales ante los magistrados de las ciudades, y la misma prohibición hago a los jueces que han infligido duros castigos a los arrianos.

A todos vosotros los que profesáis la doctrina del *homoousios*, solemnemente condenada por una gran asamblea de prelados, os prohíbo que hagáis uso de los medios y procesos judiciales que acabo de indicar; y estar prevenidos, por el contrario, a sufrir las mismas penas, si antes del 1 de junio de este presente año, el octavo de mi reinado, no habéis abrazado (el arrianismo) esta verdadera religión que profeso y tengo en la mayor estima.

Y en mi grande indulgencia he fijado tal día para que no se niegue el perdón a los que abjuren de su error y se castigue más rigurosamente a los obstinados. Sepan, pues, aquellos que perseveraren en la mentira, sea el que quiera el cargo que desempeñen en el Estado, que pagarán una multa proporcionada a su rango, sin que les valga el favor que tal o cual se hubiera podido fraudulentamente alcanzar. Los particulares de todo lugar y condición correrán la misma suerte después de la promulgación de estos decretos, y se les someterá a penas iguales y proporcionadas. Y para terminar: a los jueces de provincias que se muestren poco solícitos en cumplir estas mis órdenes sufrirán los castigos arriba establecidos.

Por estas mismas letras dispongo que nuestros obispos y sacerdotes, los únicos ministros verdaderos de la Majestad divina, se posesionen de todas las iglesias que pertenecen al clero católico y se hallan diseminadas en toda la superficie de mi reino, del que me ha hecho dueño la clemencia de Dios; debiendo saber que los necesitados beneficiarán más de las limosnas que se dieren a nuestros sacrosantos obispos.

Que estas leyes, emanadas de la fuente de la justicia, lleguen a conocimiento de todas las gentes, para que nadie alegue ignorancia. A todos deseo salud. Dado en Cartago el 24 de febrero.”⁴⁴.

3) *Saña contra los obispos.*

Publicado este decreto sanguinario y lleno de veneno mortífero, el tirano mandó que se expulsase de todas las casas y alojamientos en que se hospedaban los obispos que se habían reunido en Cartago, y de

cuyas iglesias, domicilios y hacienda se había incautado ya, que despojados en absoluto de todo, se les arrojase fuera de los muros de la capital. No les dejaron ni cabalgadura, ni criados, ni los vestidos que llevaban consigo para mudarse. Se prohibió a todos los habitantes que les recogiesen en sus casas ni les diesen limosnas, y a quienes, por compasión, intentasen hacerlo, que los quemasen en su misma casa con todo su ajuar.

Obraron entonces los obispos como prudentes, prefiriendo la mendicidad a la huida, pues amén de que, si hubiesen escapado, se los hubiera hecho volver, acaso les acusasen, como les acusaron falsamente antes, de que querían evitar la controversia teológica. Por lo demás, aun cuando hubiesen podido volver a su diócesis o iglesia y casas, ya las habrían hallado ocupadas por los arrianos.

Pues bien, mientras se encontraban nuestros obispos descansando, en pleno día, al sol, junto a las murallas de Cartago, salió casualmente el impío Hunerico a tomar el baño en sus piscinas, y de común acuerdo determinaron abocarle y le hablaron en estos términos: “¿Por qué se nos maltrata así? ¿Qué crímenes hemos cometido para que merezcamos tantos tormentos? Hemos venido a Cartago para discutir, como es que se nos despoja, se nos lanza de la ciudad, se nos rechaza, se nos quitan nuestras iglesias y propias casas y se nos deja desnudos, hambrientos a las puertas de la capital, para que vivamos entre tantas basuras?” Pero aquel bárbaro, lanzando una mirada feroz, sin dejarles apenas terminar de hablar, hizo un gesto a sus escuderos, mandándoles arrojarlos sobre ellos con todo ímpetu, no sólo para apartarles de su persona, sino para traspasarlos con sus armas. Algunos de ellos, los ancianos y los enfermos, murieron de hecho aplastados.

4) *Les engañan y aprisionan*

Poco después se dio orden a aquellos siervos de Dios que acudiesen todos al templo de la Memoria ignorando la emboscada que les tenían prevenida. Al presentarse allí, entregáronles un pergamino enrollado, y con astucia de serpiente les dijeron: “Nuestro soberano Hunerico, a pesar del dolor que le produce vuestro desdén hacia nuestra doctrina, y vuestra tardanza en abrazarla, ha querido haceros un favor: si prometéis ejecutar lo que en esta carta se os ordena, os devolverá al instante vuestras iglesias y vuestras casas. A esto contestaron a una

voz los prelados: “Siempre lo decimos, lo hemos dicho y lo diremos que somos cristianos, que somos obispos y que tenemos la fe de los apóstoles, una y verdadera.” Hubo un corto silencio después de esta confesión tan explícita, y los emisarios del Rey se dispusieron a arrancarles el juramento. Ante la insistencia de los esbirros, se adelantaron a hablar en nombre de todos los venerables pastores de las almas Hortulano y Florenciano ⁴⁵: “¿Somos acaso animales irracionales para suscribir un escrito que no sabemos lo que contiene o para hacer un juramento temerario?” En vista de esto, se apresuraron los ministros del Rey a leerles el contenido del documento, que hasta entonces les habían ocultado cautelosamente. Estas eran las calumnias que decía: “Jurad que elegiréis como rey, a la muerte de nuestro soberano, a su hijo Hilderico o que ninguno de vosotros conspirará por medio de cartas al otro lado de los mares. Si lo prometéis y juráis, así nuestro monarca os restituirá vuestras iglesias.”

La candidez piadosa de varios de nuestros obispos se inclinó entonces a prestar el juramento, contra la ley santa de Dios, para no dar a los fieles ocasión de que dijese más tarde que, por su causa, por no haber ellos jurado, no les habían entregado las iglesias. Otros más avisados vieron pronto la aña-gaza y rehusaron enérgicamente a comprometerse, diciendo a los otros que prescribe el Santo Evangelio el jurar en ninguna circunstancia: *Non jurabitis in toto* (S. Mat., V, 34) ⁴⁶. Los ministros del Rey exclamaron entonces: “¡Los que consienten en prestar el juramento, que se separen a un lado!” Cuando se hubieron apartado, los notarios escribieron lo que cada uno dijo, anotando además su sede episcopal, y lo mismo hicieron con los que se negaron a jurar. In continenti a todos ello, sin distinción, les arrojaron en prisiones.

5) *A todos se relega al destierro.*

Mas bien pronto se descubrió la celada. A los que juraron, se les dijo: “Por haber quebrantado el precepto del Evangelio que prohíbe jurar, el rey ordena que no volváis más a ver vuestras sedes ni iglesias, sino que, relegados a los campos, los trabajaréis como simples colonos, bajo esta condición: que de ningún modo os será lícito cantar salmos, rezar en común ni llevar libros para leer, y menos todavía bautizaréis, ordenaréis ni administraréis el sacramento de la peniten-

cia.” A los que no juraron, les dirigió estas frases: “Ya que no queréis jurar como rey al hijo de nuestro soberano (a esto os habéis negado), por eso seréis desterrados a Córcega y allí os ocuparéis en cortar maderas para las naves de la armada real.”

LIBRO QUINTO

PERSECUCION GENERAL DE HUNERICO CONTRA TODOS LOS CATOLICOS

1) *Persecución general.*

Aquella bestia ⁴⁷ devorada por la sed de sangre añadió más sangre de inocentes a los obispos, que aún no habían salido para el lugar de su destierro, en todas las provincias del Africa, mandando por doquier a la vez crueles verdugos; ninguna familia ni lugar alguno debería quedar donde no resonasen los gemidos y los llantos; no había que perdonar edad ni sexo, sólo a los que se doblegasen a su voluntad.

A unos apalearon, colgaron a otros y abrasaron a los más. A las mujeres, y con preferencia a las nobles, los verdugos, traspasando todas las leyes del pudor y de la naturaleza, las maltrataban desnudándolas delante de todo el populacho. De estas mujeres católicas nombraré a nuestra querida Dionisia, compatriota mía, para decir algo brevemente.

Viéronla más decidida que las demás, matrona más honesta y agraciada y a la primera trataron de desnudarla y cubrirla de azotes. Ella, a punto de padecer la afrenta y confiada en el Señor, les dijo: “Martirizadme como queráis y lo que queráis, pero guardaos bien de descubrir las partes verecundas de mi cuerpo”. Estas palabras no hicieron más que acuciar su rabia y furiosos la subieron a una prominencia del terreno, y desnuda la expusieron a los ojos de los asistentes. Ella, entre los golpes de las varas y mientras corrían ríos de sangre de su cuerpo, gritaba muy alegre: “Ministros del demonio, lo que creéis que me cubre de vergüenza, es, por el contrario, mi mayor gloria”. Y como tan versada estaba en el conocimiento de las Divinas Escrituras, esta mujer, saciada de padecer y en medio de sus atroces tormentos, excitaba a los espectadores a sufrir también ellos el martirio. Su ejemplo salvó a casi toda la patria.

Vio aquella heroína a su único hijo, asustado entre los tormentos que ella padecía; era todavía tiernecito y delicado; lánzole una mirada como queriendo con ella reprender su pusilanimidad; en ella puso toda su autoridad de madre y con ella le infundió nuevo valor. Cuando más arreciaban los golpes en su cuerpo, le decía: “Acuérdate, hijo mío, que fuimos bautizados en el nombre de la Trinidad en nuestra madre la Iglesia católica. No nos dejemos arrebatar la vestidura de nuestra salud, no sea que, al llevar el que nos ha invitado, no nos encuentre con vestidos de bodas y diga a sus ministros: Arrojadlos a las tinieblas exteriores, donde será el llorar y crujió de dientes. (*Mat.*, XXII, 13). Temblemos ante los suplicios, hijo mío, que no tendrán fin; suspiremos por aquella vida que no acabará nunca”. Con estas palabras dio al joven valor para arrostrar los tormentos del martirio. Inquebrantable en la fe, Mayórico, así se llamaba el santo joven, entregó su espíritu en los tormentos, consiguiendo la palma del martirio. Abrazando a aquella víctima la madre que la había ofrecido, prorrumpió en alabanzas encendidas al Señor, y gozándose con la esperanza de la gloria futura, quiso enterrar a su hijo en su propia casa para tener el consuelo de no estar separada de él siempre que elevase sus plegarias a la Trinidad Santísima. Como ya he dicho, no es fácil hacer un recuento de los que llevó a Dios con su ejemplo esta santa mujer. Entre otros a Dativa, hermana de Dionisia; a Leoncia, hija del obispo San Germán; un pariente de Dativa, al venerable Emilio, médico; al piadoso Tercio, que confesó a la Trinidad con grande devoción, y a Bonifacio de Síbida. Lo que éstos padecieron, y sufrieron al abrirles las entrañas, el que sea capaz de decirlo que lo escriba.

2) *El martirio de Servo.*

¿Quién podrá referir los dolores que soportó por Jesucristo el generoso y noble varón Servo de Tuburba la mayor?⁴⁸ Después de azotarle durante mucho tiempo, se le expuso al público subido en el caballete, bajándole y subiéndole con poleas; soltando las cuerdas de repente le hacían algunas veces chocar contra el suelo, cayendo como una piedra sobre los guijarros. Después de arrastrarle repetidas veces y frotarle con piedras muy punzantes, aquel cuerpo despellejado dejaba ver las costillas del pecho y de la espalda y todo el vientre hecho pedazos. Este Severo ya había sufrido casi parecidos tormentos en

tiempo de Genserico, por negarse a revelar el secreto de un amigo suyo. ¿Cuánto no estará dispuesto a padecer ahora que se trataba de guardar su fe? Si él se había mostrado fiel a un hombre de quien no esperaba recompensa, ¿cuánta mayor fidelidad no iba a demostrar ahora a Aquel que le había de retribuir tan largamente su firmeza en la fe?

3) *La fortaleza de Santa Victoria.*

Me es poco menos que imposible referir lo que sucedió, porque el número de los mártires y confesores de la fe es casi incontable en la ciudad de Culusa⁴⁹. Aquí cierta matrona, que se mostró muy digna de su nombre, Victoria, mientras la tenían colgada delante de todo el pueblo, y se estaban abrasando en las llamas, la interpretó así su marido, que ya había apostasiado de la fe, en presencia de sus hijos: “Mujer, ¿por qué te empeñas en sufrir tantos tormentos? ¡Si me desprecias a mí, apiádate, por lo menos, de éstos que has engendrado; impía, compadécete de estas tiernas criaturas. ¿Por qué te olvidas de los que llevaste en tu seno y desdeñas a los que diste a luz con tanto dolor? ¿Dónde está el amor que tenías a tu marido? ¿Cómo has roto los lazos del matrimonio que nos unían a los dos? Mira, te lo ruego, a tus hijos, mira a tu esposo y apresúrate a cumplir las órdenes del Rey, para ahorrarte los tormentos que todavía te aguardan y te volverán a tu marido y a tus hijos.” Más ella, sin dar oídos a los llantos de los hijos, a los halagos de aquel sierpe, elevando su corazón a lo alto y remotándose sobre este suelo, despreciaba al mundo con todos sus deleites.

Bajo la acción continua de la suspensión desgarrámuerta, soltaron su cuerpo casi exánime. Refirió después ella misma que habiéndosela aparecido una virgen, con sólo tocarla los hombros, habíala curado instantáneamente.

4) *Fe intrépida del mártir San Victoriano.*

No se como alabar ni con qué palabras ensalzar al ciudadano de Hadrumeto Victoriano, a la sazón procónsul de Cartago, el hombre más rico de Africa y cuya fidelidad al impío monarca no fue nunca

desmentida en los negocios que él le había encomendado. Hízole saber el Rey, en la intimidad, que si consentía en ejecutar una orden suya, que ocuparía el primer puesto entre todos sus favoritos. Pero el hombre de Dios respondió con toda franqueza a su proposición, diciendo a sus emisarios: “Confío en Dios y en mi Señor Jesucristo. Podéis decir al Rey que prepare hogueras, que lance contra mí las bestias y me atormente de los modos que él quiera. Consentir a su deseo sería renunciar al bautismo que me ha conferido la Iglesia católica. Como si no hubiese más que esta vida presente y no esperásemos la eterna, que es la vida verdadera! Nunca consentiré en gozar de una gloria caduca y transitoria, comprada a precio de la infidelidad a Aquel que me dio el estimable don de la fe, mi Creador.” Irriado el Rey con esta respuesta, atormentó a Victoriano con tan largos y crueles suplicios que no hay palabras para encarecerlos. El confesor acabó el combate en medio de los transportes de la alegría del Señor, recogiendo los laureles de la corona del martirio ⁵⁰.

5) *Martirio de dos hermanos gemelos.*

Y que diré de los combates de los mártires que tuvieron lugar en la ciudad de Tambaia. Dos hermanos gemelos de Aquae-Regiae (ciudad de la Numidia), se comprometieron, en el fervor de su amor a Dios, a pedir a los verdugos que les diesen a ambos idénticos tormentos. Suspendieron a los dos juntos, colgando de sus pies enormes piedras, pero después de todo un día de torturas, el uno pidió que le bajasen y que le diesen un poco de alivio. El otro hermano, temiendo por él que renegase de la fe, desde lo alto del potro gritaba: “No lo hagas, hermano; no hagas cosa tal, que no hemos prometido a Cristo esto. Te acusaré, cuando comparezcamos ante su terrible trono, porque hemos jurado morir juntos por El, por su Cuerpo y por su Sangre” ⁵¹.

Con estas y otras palabras semejantes animó a su hermano a sufrir el martirio, y él, a su vez, dijo: “Añadid los tormentos que queráis y someted a los cristianos a suplicios más crueles: lo que haga mi hermano, eso he de hacer yo.” Con cuántas planchas de hierro candente, con cuántos garfios, les arañan y con cuántos suplicios los torturaron puédesese imaginar, ya que sus verdugos lanzaron a los mártires lejos de su presencia, pretextando que con su ejemplo todo el

pueblo allí presente se convertiría a la religión católica, y sobre todo porque estaban viendo que los tormentos no producían en sus cuerpos ninguna herida ni dejaban en ellos señal aparente.

6) *La fe admirable de los habitantes de Tipasa. Estupendo milagro.*

Paso a contar, para gloria de Dios, lo que sucedió en la ciudad de Tipasa la Mayor, de Mauritania. Al percatarse sus habitantes de que habían encargado de regir a su ciudad a un obispo arriano, secretario de Cirilas, todos se apresuraron a pasar en navas a España, menos unos cuantos católicos que no hallaron pasaje en los barcos. a éstos trató el obispo arriano, primero con halagos y con amenazas después, de que abrazasen su secta. Mas todos ellos, permaneciendo constantes en la fe, no sólo se burlaron de su loca insistencia, sino que además hallaron modo de reunirse en una casa para celebrar los sagrados misterios. Súpolo el obispo, y envió una relación secreta a Cartago. Leída al Rey, enfurecido envió a allá a un conde con orden de que, reunidos todos ellos en la plaza de la ciudad, en presencia de una concurrencia grande de los pueblos circunvecinos, les hiciese arrancar de raíz la lengua y la mano derecha. Así se ejecutó puntualmente, y con la gracia divina, hablaron, y sigue hablando todavía como antes. Si alguien no lo quisiese creer, que vaya a Constantinopla ahora y allí encontrará a uno de ellos, el subdiácono Reparato, que habla aún correctamente y sin la menos dificultad. Por esta razón se le tiene en grande veneración en el palacio del emperador Zenón y más que ninguno le estima y reverencia la Reina ⁵².

7) *Las crueldades que Hunerico cometió contra los mismos arrianos*

Difícil es enumerar detalladamente los tormentos de toda clase que el tirano monarca inventó y acumuló para perseguir a sus propios vasallos arrianos, sirviéndose de los mismos vándalos. Por muy elocuente y hasta exagerado que sea el historiador, no podrá contar los suplicios a que los sometió en sola la ciudad de Cartago. Lo que en nuestros mismos días estamos palpando los resultados de su crueldad. Se ven a cada paso personas mutiladas: a los unos sin manos, a los

otros sin ojos, a los otros sin orejas o nariz; en algunos, como resultas de haberlos tenido largo tiempo colgados, llevan los hombros salidos, y la cabeza en vez de tenerla derecha, la conservan todavía como hundida entre las espaldas; colgábase los de las manos en algunos edificios altos, y por un sistema combinado de maromas móviles, se los balanceaba de aquí para allá. Sucedió no pocas veces que se quebraban las cuerdas y sus cuerpos se desplomaban de lo alto hasta el suelo, recibiendo un golpe dolorosísimo; así a muchos se les saltó el cerebro y otros los ojos al caer y muchos más quedaron aplastados, muriendo instantáneamente o a los pocos momentos.

El que crea que invento fábulas, pregunte al emperador imperial Uranio, testigo ocular de los principales hechos que refiero aquí. Fue a Cartago con el propósito de defender a los católicos, y el tirano, para demostrarle que no tenía temor a nadie, hizo apostar en las calles y plazas que suelen atravesar ordinariamente los legados, para ir al palacio real, a gran número de verdugos y facinerosos de la peor calaña, vergüenza de su reino y la hez de nuestra época decadente.

8) *Constancia de una matrona a quien desterraron.*

Dagila, esposa de un oficial del Rey, que había hecho repetidas veces confesión de su fe católica en tiempos de Genserico, ahora en los días a que me refiero; esta noble señora, elegante, pero muy delicada ya por haber sufrido los azotes de las varas y los cordeles, fue condenada al destierro, relegándola el tirano a un lugar enteramente árido e incomunicado y tan selvático que ni por casualidad iría nadie a consolarla con su presencia. Dagila abandonó gozosa su casa, dejó a su marido y a sus hijos. Más tarde, dicen que prometieron llevarla a un paraje menos solitario y acomodado donde podría reunirse con algunas personas, y sin embargo ella rogó y suplicó que la dejaran en su soledad, donde pensaba disfrutar más del gozo de estar privada de todo humano consuelo.

9) *Los combates del clero de Cartago. Hecho heroico de Murita.*

Entonces, estando ya el obispo Eugenio en el destierro, todo el clero de Cartago empezó a sufrir del hambre y a ser diezclado, quedando reducido a unos 500 miembros o poco más. Entre ellos había

muchos niños que hacían el oficio de lectores; a éstos lanzaron también al destierro, yendo ellos muy alegres. Mas no puedo pasar por alto al diácono Murita, que mostró, entre todos, una audacia sin igual ante la ciudad entera cuando atormentaban a sus compañeros. Se confió el encargo de atormentar a los confesores de Cristo a un tal Elpidóforo, hombre feroz y sin entrañas; había recibido antes el bautismo en la basílica de fauto, y el venerable diácono Murita había sido su padrino de pila; apostató y después concibió tal odio contra los católicos que superó a todos los verdugos en audacia durante la persecución.

Iban llamando a los sacerdotes unos tras otros para presentarse a sufrir el tormento; después del arcediano Salutaris, se acercó al diácono Murita; era el segundo entre los de su categoría Elpidóforo, sentado en el tribunal, echaba espuma de rabia. Ya habían extendido en el suelo a Murita; pero antes que acabasen de despojarle de todos los vestidos, cogió éste, no se sabe cómo, la sábana⁵³ con la que antes había cubierto a Elpidóforo al sacarle de la fuente bautismal, y desplegándola para que todos la viesan, pronunció estas palabras, que arrancaron lágrimas a todos los asistentes: “Mira los vestidos, Elpidóforo, ministro del error, que hablarán contra ti, cuando venga a juzgar la Majestad del Juez. Les conservaré diligentemente para que sean testigos que declaren contra tu caída y para que te precipiten en la sima del pozo de azufre. Infeliz, estos lienzos te ciñeron cuando saliste limpio de la fuente; estos mismos, miserable, te atormentarán más cruelmente, cuando empieces a adueñarte de las llamas del infierno, pues te has rodeado de la maldición, como de un vestido, al romper y olvidar el sacramento del bautismo y de la fe. Desgraciado, ¿qué harás tú cuando los criados del Padre de Familia hayan reunido en torno de la mesa del Rey a los invitados? También tú has sido admitido, entre ellos, pero al verte sin el vestido de boda, el Rey, terriblemente indignado, te dirá: “Amigo, ¿cómo te has atrevido a entrar aquí no teniendo vestido nupcial” (*Mat.*, XXII, 12 sig). No veo en ti, no reconozco en ti lo que te he dado. Has perdido la clámide preciosa de soldado que yo tejí durante nueve meses, encerrado en el seno virginal, y que, extendiéndola en la percha de la cruz, la lavé con agua y la hermoreé con la púrpura de mi sangre! No veo que hayas hecho dar fruto a la señal que yo imprimí en tu frente, no veo en ti el sello de la Trinidad. Un hombre tal no podrá sentarse en mi festín. Atadle con cordeles las manos y los pies, porque él se ha separado libremente de